



GUARDIANES DE LA HISTORIA

Seis museos de Pasto que preservan el patrimonio cultural y la historia de Nariño

Redactado por Sigyn

Museo del oro

Ubicado en el Banco de la República, hace parte de la red de museos del oro en Colombia y está dedicado a la preservación y divulgación del patrimonio arqueológico del sur del país. Su guión museológico actual, construido en 2015 a partir de la Minga de Pensamiento, incorpora la voz de la comunidad y presenta piezas en oro, cerámica y piedra vinculadas a culturas prehispánicas como Tumaco-La Tolita y Capulí.



“

El museo es un espejo para mirarnos a través de nuestro pasado.

”

Así, el museo deja de ser un espacio estático y se convierte en un lugar vivo, donde la historia no solo se aprende, sino que se experimenta, y donde la memoria se reconoce como parte activa de la identidad cultural de Nariño.

Recorrer sus salas permite entender que un museo no es solo un lugar donde se conservan objetos, sino un espacio donde suceden cosas. Cada pieza activa una historia, cada vitrina propone una lectura y cada recorrido construye una experiencia distinta. Las figuras en oro, las cerámicas y los objetos rituales no se perciben como elementos aislados, sino como parte de formas de vida que aún resuenan en el presente.

El museo también funciona como un punto de encuentro para la comunidad. Artesanos, artistas y estudiantes lo visitan como un lugar de inspiración, donde es posible reconocer técnicas, símbolos y saberes que siguen vigentes en el territorio.



Museo Casona de Taminango

Recorrer la casona permite comprender que los oficios no eran actividades aisladas, sino una parte esencial de la vida en comunidad. La carpintería, la herrería, la tejeduría o el trabajo del mopa-mopa respondían a necesidades concretas y sostenían la vida cotidiana, integrando el aprendizaje, el trabajo y la convivencia como algo natural. En ese sentido, el museo no solo muestra herramientas, sino que evidencia cómo estos saberes construían comunidad y daban sentido a la vida diaria.

Estar allí transforma la percepción del tiempo. Entre patios, corredores y talleres, la presencia de la naturaleza y la quietud del espacio generan una calma que contrasta con el ritmo de la ciudad. Aunque todo sigue en movimiento afuera, la casa permanece serena, casi intacta, como si resguardará otra forma de habitar el mundo. La experiencia sugiere, de manera silenciosa, que la vida pudo ser más simple, más cercana y más compartida.

La casona no se limita a conservar el pasado: lo vuelve habitable. Aquí la historia no se presenta como algo distante, sino como una forma de vida que todavía encuentra eco en el presente.



Es uno de los espacios patrimoniales más representativos de Pasto. Construida en 1623, esta casa colonial, una de las más antiguas de la ciudad, fue restaurada en la década de 1970 y abierta como museo en 1989 con el propósito de preservar los oficios tradicionales y la memoria cultural de Nariño. A lo largo de su historia tuvo distintos usos, hasta que un esfuerzo colectivo permitió recuperarla y convertirla en un lugar dedicado a la conservación de estos saberes.



Museo La Estancia de San Gabriel

Ubicado en Obonuco, corregimiento de Pasto, el Museo La Estancia de San Gabriel es una casa patrimonial que permite acercarse a la vida rural del sur andino durante el siglo XIX. Su construcción, realizada con técnicas tradicionales en madera mediante ensamblajes sin clavos, refleja los saberes constructivos de la época. En su interior se conservan objetos arqueológicos y piezas de la vida cotidiana, como utensilios, muebles antiguos y elementos domésticos, además de una pequeña biblioteca histórica y espacios exteriores con granja y vehículos clásicos.

La interacción con el entorno, los objetos y la naturaleza genera una conexión distinta. El tiempo parece ir más despacio, y la historia deja de ser un relato para convertirse en una vivencia. En medio de ese ambiente, el visitante no solo aprende sobre el pasado, sino que logra imaginarlo, comprenderlo y, de alguna manera, habitarlo.

“ Sí Nariño fue grande en la derrota, Pasto fue grande en la hidalguía.

Tomas de Santacruz

Recorrer este lugar transforma la relación con el museo. A diferencia de otros espacios donde las piezas se observan a distancia, aquí la experiencia es cercana e inmersiva. Caminar por sus habitaciones, atravesar sus patios y habitar sus espacios antiguos como si fueran parte del presente. Incluso, al funcionar también como restaurante, la visita se extiende a lo cotidiano: comer allí hace que la experiencia sea aún más íntima, como si por un momento se compartiera la vida de quienes habitaron ese lugar.



Fotografías
cortesía de
Daniel Fajardo

Museo del Carnaval de negros y blancos

Está dedicado a preservar la memoria de una de las celebraciones más representativas del sur de Colombia. Ubicado en un antiguo matadero municipal de Pasto, hoy transformado en espacio cultural, el museo recoge la historia, evolución y significado de esta festividad, reconocida por la UNESCO en 2009 como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. A través de sus salas se presentan sus orígenes, vinculados a celebraciones coloniales que, al mezclarse con tradiciones indígenas y mestizas, dieron lugar a una expresión cultural propia.

En su recorrido se encuentran fragmentos de carrozas, esculturas, figuras en barro, fotografías históricas y murales que evidencian la evolución artística del carnaval.

Estas piezas permiten entender el trabajo de los maestros artesanos y las transformaciones técnicas que han enriquecido la fiesta, como la incorporación del movimiento en las carrozas. Sin embargo, más que mostrar objetos, el museo revela los procesos creativos y colectivos que hacen posible el carnaval.

Cada elemento expuesto conserva algo del movimiento, del color y de la energía que caracteriza al carnaval. El visitante no solo observa, sino que imagina el desfile, reconoce los detalles y comprende el esfuerzo que hay detrás de cada obra, expresa la creatividad, la identidad y el espíritu cultural del pueblo nariñense.



Taller Museo Alfonso Zambrano

Alfonso Zambrano fue un escultor destacado en la talla en madera, especialmente en la imaginería religiosa. A partir de su oficio y de la observación de piezas antiguas que reunía como referencia, desarrolló una técnica precisa que marcó su trayectoria. Su trabajo también dejó huella en el Carnaval de Negros y Blancos, donde introdujo el movimiento en las carrozas, transformándolas de estructuras estáticas en composiciones dinámicas y complejas.



Fotografías
cortesía de
Daniel Fajardo



“

El carnaval es la ventana de la libertad, es la posibilidad de ver otra faceta personal y colectiva de la ciudad de Pasto, es la oportunidad de descubrir algo que creíamos conocer.
Alfonso Zambrano.

”

Nacido como taller artesanal antes que como museo. Fundado en la década de 1940, este lugar creció junto con la obra de su creador, hasta convertirse en un espacio que hoy resguarda herramientas, esculturas y una colección que refleja su interés por el arte, la historia y las culturas antiguas.

Recorrer el taller permite entender el valor del oficio desde su práctica. Más que un espacio de exhibición, conserva la atmósfera de trabajo, donde cada herramienta y cada pieza hablan del tiempo, la paciencia y el conocimiento del material. La experiencia no se centra solo en lo que se ve, sino en lo que se intuye: el proceso, la dedicación y la transmisión del saber.

En un territorio como Nariño, reconocido como cuna de artesanos, este lugar evidencia cómo estos saberes han sido fundamentales en la construcción de la identidad cultural. El taller no solo conserva la obra de un maestro, sino que resguarda una forma de entender el arte que sigue viva en la memoria y en las manos de quienes continúan el oficio.

Museo Madre Caridad Brader

Este museo está profundamente ligado a la vida y obra de la madre María Caridad Brader, misionera franciscana que dedicó su vida a la educación y al servicio en la región. Su legado se mantiene presente no solo en una sala dedicada a su memoria, sino también en la vida cotidiana del convento, donde aún se practica la adoración perpetua, generando un ambiente de recogimiento y silencio que marca la experiencia del lugar.



Fundado en 1935 como un laboratorio pedagógico, el museo surgió con la intención de que el aprendizaje se construyera desde la observación directa. Hoy conserva cerca de 4.000 piezas que abarcan campos como la arqueología, la botánica, la zoología y el arte, incluyendo una valiosa colección de piezas precolombinas.

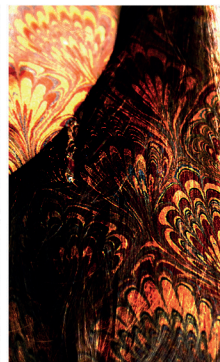
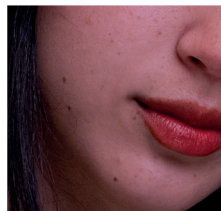


Fotografías cortesía de Daniel Fajardo

La presencia de animales preservados, plantas desecadas, minerales y objetos históricos despierta una curiosidad distinta, casi como redescubrir el asombro por el conocimiento. Al mismo tiempo, el convento plantea un recorrido donde lo científico y lo espiritual coexisten sin imponerse.

En conjunto, el museo permite comprender que el conocimiento, la fe y la vocación de servicio pueden coexistir en un mismo espacio. Un lugar donde aprender no se limita a observar, sino que invita a reflexionar sobre otras formas de entender el mundo y el valor de quienes dedicaron su vida a enseñarlo.

Entrar a un museo no es solo recorrer espacios u observar objetos, es permitir que la historia encuentre un lugar en uno mismo. Las imágenes, texturas y memorias no permanecen en las vitrinas: se adhieren y transforman nuestra identidad. Llevamos con nosotros piezas que ahora habitan en nuestra mirada y en la forma de entender el mundo.



La tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego.

Gustav Mahler

